

Este salió.

El padre y la hija quedaron solos.

VI.

—Toma, la dijo Santillana dándola aquellos papeles; el uno es tu nombre, el otro tu hacienda. Mis bienes no son gran cosa; pero bastante para mantener honradamente á una dama. Yo siento que mi caudal no baste para cubrir, ni aún en una décima parte, la cantidad que debo á tu familia.

—Es que yo no quiero, ni eso, ni nada, señor: ni vuestro nombre; no le merezco; rompéd esos papeles.

Y extendió la mano hácia ellos.

—Se volverían á hacer cien veces, dijo el alcalde retirando los papeles del alcance de la mano de María, y no debemos hacer trabajar inútilmente al señor Pedralva; eres mi hija, y es justo que yo te reconozca; el estado en que te encuentro es tristísimo; pero no tienes tú la culpa: la culpa es mía; desdicha, es el castigo merecido de mi falta; castigo que te ha alcanzado sin culpa; porque Dios, juez de jueces, juez inexorable, castiga á los padres en los hijos, y trasmite á los hijos la culpa de los padres; hay que resignarse con la voluntad y con la justicia de Dios; pero á pesar del castigo, yo tengo que dar gracias á Dios por su misericordia; hasta hace un mes, yo no sabia que existias tú; tu madre no me lo habia dicho; tu madre no se atrevió sin duda á decírmelo, porque no podia decirme al mismo tiempo: esta es tu hija; porque cuando pudo decírmelo, ya estabas tú

perdida para ella; ya habias sido robada; pues bien: desde que supe que existias, yo no he vivido; yo he sufrido un tormento insoportable; el estómago, la cabeza, el corazón, todo me dolia; mi lecho ha sido para mí un tormento, no un lugar de descanso. Y ahora... ahora, á pesar de todo, tengo el alma llena de alegría; me parece que acabo de nacer; mi vida es joven; porque te amo, María, te amo, infinitamente más que amé á tu madre, aunque la amé mucho; y este amor es para mí un bálsamo de consuelo, una bendición de Dios. ¡Ah! Yo no sabia, no lo podia saber, cómo se ama á los hijos, cómo se goza con su amor.

—¿Pero estais seguro, señor, dijo María, de que no os engañais, de que yo soy vuestra hija.

—No, no me engaño; yo no me puedo engañar; en ti vive tu madre; cuando anoche apareciste ante mí por primera vez, me aterró; creí que se me aparecía tu madre; Gabriela Prósperi, que se habia levantado de la tumba, hermosa como cuando yo la conocí. ¡Ah! ¡No, no! La duda es imposible; te estoy viendo, y la veo á ella, lloras, y me recuerda el momento en que me separé de tu madre que lloraba, para no volverla á ver hasta pasados diez años. ¡No es posible la duda! Tienes sus cabellos, su frente, su mirada, su hermosura, su sér entero.

—¡Pero estoy deshonrada, perdida, soy una mujer despreciable! ¡Yo no puedo ser vuestra hija! exclamó con desesperacion María.

—No hablemos, no hablemos de eso; no desgarremos las heridas, que son harto dolorosas, que están harto

emponzoñadas por desgracia, que es necesario olvidar, ó por lo menos hacer de manera que el mundo se olvide; y que si no se olvida, perdone por lo bueno que desde ahora se haga, lo malo que hasta ahora se ha hecho; que Mari Galana quede sepultada en su infamia; de su tumba renace doña María de Santillana; que doña María de Santillana sea digna de sí misma, y digna de su padre; tú no has podido manchar un nombre que no tenias; hoy que le tienes, no le manches, porque tu padre, que no tiene derecho ni voluntad para castigar en tí los excesos de Mari Galana, será inexorable con la más leve falta tuya, cometida despues de tener un nombre honrado que respetar.

—¡Ah, señor! dijo María llorando; yo os juro ser desde hoy tan otra de lo que he sido, que yo misma me desconoceré.

—Así lo espero; eres jóven; el tiempo y las virtudes te traerán el perdon del mundo, y antes que el perdon del mundo, el perdon de Dios.

—Si me amais, señor, si quereis que yo sea completamente dichosa, concededme una gracia.

Frunció levemente el cano entrecejo don Rodrigo, porque adivinó á donde iba á parar María.

—Veamos, dijo, si es posible concederte lo que desees.

—No ignorais, señor, que yo amo á un hombre; pero estoy tan pura de él como antes de haberle conocido, y lo estaré siempre, porque no le volveré á ver más; porque ese hombre no me ama; porque ama á otra; porque tiene hijos de ella, y porque aunqne me amase, señor,

no puedo ser esposa de un pastelero llevando vuestro nombre.

—Olvidalo, no pienses más en él; sofoca ese amor insensato, y si no puedes sofocarle, guárdale envuelto en el más profundo secreto en el fondo de tu alma.

—¡Oh, sí, sí, señor, yo procuraré matar este amor que me enloquece, ó le guardaré secreto y moriré con él.

—¿Pero tanto le amas, desdichada? dijo estremeciéndose don Rodrigo.

—¡Oh, sí! Yo no sé por qué; yo creia que le aborrecia, y me empeñé en humillarle, en hacerle mi esclavo; pero él no me amaba, y esto me empeñó más; fui á buscarle anoche resuelta á todo, y me despreció; ví esas malditas joyas sobre la mesa de su aposento, le creí ladrón, y ciega, irritada, ansiosa de venganza, vine á delatarle; pero despues, señor, he conocido que le amaba con toda mi alma; me he arrepentido de lo que he hecho; he mentido: no, él no puede ser ladrón; lo juraria por la salvacion de mi alma sin temor de perderla; soldadle, señor, soldadle si es que me amais, si es que quereis que vuestra hija no sufra, no se desespere, no se vuelva loca.

—¡Qué suelte yo á Gabriel de Espinosa! dijo el alcalde con voz concentrada y terrible.

—¡Sí, sí! ¡Soldadle, porque yo le quiero, porque yo le amo, porque no es ladrón, no!

—No, no es ladrón, contestó don Rodrigo con acento más sombrío.

—¿Pues y entonces, si no es ladrón, por qué no le soldais? dijo con violencia María.

—¿Por qué? dijo el alcalde inclinándose sobre la joven y con voz opaca; porque ha cometido un delito, infinitamente más infame que el de robo; porque si fuera ladrón, ello no pasaría de algunos años de galeras; y por el delito que ha cometido, morirá en horca.

—¡Jesús mil veces! dijo María levantándose pálida como un cadáver.

Y por algunos instantes, dominada por el terror, no pudo hablar.

—¿Pero qué delito, decid? exclamó al fin con una ansiedad inmensa; ¿qué delito ha cometido ese desdichado?

—¡Oye! la dijo el alcalde asiéndola una mano, y acercando su boca al oído de la joven; hace diez y siete años reinaba en Portugal un rey muy bravo, muy caballero y muy acometedor de empresas temerarias...

—¿Por qué habláis de un rey, cuando yo os hablo de Gabriel de Espinosa? dijo María mirando de una manera suprema á don Rodrigo.

—¡Tú también, exclamó el alcalde, tú también has visto en Gabriel de Espinosa más que un pastelero!

—Seguid, seguid, señor, dijo anhelante María, porque yo no sé lo que creo, no sé lo que adivino...

—¡Oye! continuó con voz más baja aún don Rodrigo; ese bravo monarca de Portugal se llamaba el rey don Sebastian.

—¡Seguid, seguid, acabad de una vez!

—El rey don Sebastian levantó hace diez y siete años un ejército, y con la nobleza de su reino se fué á Africa, intentando su conquista.

—¡Ah, sí! Seguid.

—Y allí, en los terribles campos de Africa, en la primera batalla quedó tendido el ejército portugués; allí, junto á su roto estandarte real, cayó y murió el rey don Sebastian.

—¡No, no! El rey don Sebastian no murió, dijo con una alegría insensata la joven; ¡sí, sí, ya sé!... Esto es lo que yo adivinaba: es él; él no es pastelero, no... ya sé... yo decía: ¿qué tiene este hombre en los ojos, en la voz, en la postura, que no mira, ni habla, ni anda como otros hombres?... Y es que era él... el rey... ese rey de Portugal que no ha muerto...

—¡Calla, calla, desdichada! exclamó don Rodrigo, que estaba cubierto de un sudor frío; ¿quién te ha dicho eso?

—¡El corazón, el alma! ¿Y quien os lo ha dicho á vos, señor.

—¡A mí! exclamó con espanto el alcalde, y es verdad... quién me lo ha dicho... la carta del fraile se refería á un rey, pero no le nombraba; no nombraba el reino. ¡Ah, sí! Cuentan que el rey don Sebastian no murió, y la grandeza que ese hombre respira, su altivez y aquella sonrisa de desprecio, aquella mirada que vencía mi mirada...

El alcalde hablaba como consigo mismo y fuera de sí.

María, mirándole, escuchándole ansiosa, no perdía ni una sola de sus palabras, á pesar de que el alcalde las pronunciaba en voz muy baja y casi ininteligible.

—Sí, sí; él es, dijo María; soltadle, señor, soltadle; dejadle con su buena ó mala ventura, no mateis á un rey desventurado!

El alcalde se estremeció de los pies á la cabeza: le

parecía que no era la voz de María la que escuchaba, sino la voz de Dios, porque el alcalde se había asombrado tanto de la grandeza de Gabriel de Espinosa, esto es, de su palabra altiva, de su mirada dominadora; había visto representado un misterio tal en el pastelero, que desde el momento en que leyó la carta de fray Miguel de los Santos, su pensamiento se fijó en el rey don Sebastian, y sin poderse explicar la causa, sin poder rechazar la idea, hizo en su conciencia un solo personaje de Gabriel Espinosa y del rey don Sebastian.

En María había tenido lugar el mismo fenómeno, y esto aterró más y más al alcalde.

—No puedo, no puedo, exclamó con desesperación, ni puedo ni debo; antes que todo, soy vasallo del rey don Felipe; y aunque nadie hubiera sobrevenido, aunque solo por una sospecha levisima hubiera yo creído traidor al rey á ese hombre, le hubiera preso y hubiera dado parte de ello al rey mi señor.

—¿Y habeis dado parte al rey? dijo María.

—Sí.

—Y el rey...

—El rey, si resulta del proceso que el pastelero no es el rey don Sebastian, le ahorcará por impostor, y si resulta que no es impostor, hará que lo parezca, y le ahorcará tambien, por ser el rey don Sebastian.

—¡Pero el rey no hará eso; el rey no se atreverá á ofender de tal manera á Dios!

—¡Dios! ¡El rey! ¡Allá... allá el rey con Dios! El rey dará cuenta á Dios de lo que haga; pero yo... yo... mi obligación es obedecer ciegamente al rey.

—¿Y si el rey os manda que le sentencieis?

—Le sentenciaré, dijo con voz sepulcral don Rodrigo.

—Entonces, vos no sereis juez: sereis verdugo; exclamó María con una expresión, un acento y una severidad que espantaron al alcalde.

Seguia escuchando la voz de Dios en la voz de María.

—No, no, dijo el alcalde estremecido, el rey hace las leyes; el mandato del rey es una ley.

—Pero las leyes injustas, las leyes que asesinan, no vienen de Dios, vienen de los tiranos; un hombre honrado no puede hacer cumplir una ley infame... ¡Se muere antes mil veces!

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Cómo piensas y dices tú eso? exclamó con asombro don Rodrigo.

—¡Si yo soy letrada; si yo sé leyes; si mi casa está llena siempre de estudiantes; si he tenido cien galanes que estudiaban leyes; y el último, el que me mataron á azotes en Madrigal, echaba leyes hasta por las puntas de los dedos; si he oído argumentar continuamente de *justitia, et super justitia, et pro justitia*; si sé latin; si yo me podría graduar de doctora como Santa Teresa!

Y había un horrible sarcasmo en el acento de María al pronunciar estas palabras.

El alcalde no era en aquel momento un alcalde; era un hombre aturdido por lo que le rodeaba; un hombre que bajaba la cabeza ante la eterna razón, ante la eterna justicia.

Pareció como que María comprendía esto, porque dijo:

—No, vos no cometeréis un crimen, no; vos no obe-

decereis ciegamente al rey, haciéndoos instrumento de su ambicion y de su tiranía, no; porque antes que alcalde, antes que vasallo del rey, sois hombre, y sois noble, y sois cristiano; y á más de eso, mi padre, y debeis ser digno de mí.

—¡Digno de tí! exclamó el alcalde mirando con atonía á su hija.

—Sí, digno de mí. ¿Lo extrañais, señor don Rodrigo de Santillana? ¿Os parece audaz el que una mujer que ha sido lo que yo he sido, os diga que debeis ser digno de su padre? ¿Y el alma, don Rodrigo? ¿Y el alma? ¿No es santa, María Magdalena?

—¡Ah! exclamó el alcalde.

—¡Sí, el alma puede ser y es noble y pura, aún dentro del leproso cuerpo de Job! ¡No, un cuerpo corrompido no puede matar al alma que Dios ama, que Dios favorece, que Dios ilumina con un rayo de infinita luz! ¿Qué importa la impureza del cuerpo, si en el alma arde inextinguible la llama de la caridad y de la justicia? Oid, señor don Rodrigo de Santillana, alcalde de casa y corte del cristiano rey don Felipe...

—¿Por qué no me llamais padre? exclamó con ansiedad Santillana, que á pesar de todo, empezaba á sentir orgullo por María.

Tan cierto es que la grandeza del alma hace olvidar todos los vicios y todas las flaquezas del sér que es verdaderamente grande.

—¿Por qué? dijo María con altivez; porque si vos me habeis reconocido por vuestra hija, yo no os he reconocido aún por mi padre; porque Mari Galana, la pobre

muchacha perdida por ante el mundo, la meretriz infame, no puede reconocer por su padre á quien no tenga el alma tan noble y tan grande como la suya. Oid: yo me he criado entre lodo; la miseria y la infamia me han rodeado; he tenido hambre y frio; y en vez de tener quien me proteja y me encamine á la virtud, una mano fria, horrible y un consejo siempre depravado, me han empujado al vicio.

El alcalde gimió.

—Ahora yo soy quien debo decir: olvidemos, sepultemos en el silencio de la vergüenza ese horrible pasado de miseria y de lodo, pero no de crimen; olvidemos, sí; mi alma dormia bajo la indiferencia y el desprecio á todo; pero era necesario que yo amase, y ha llegado el momento en que ame; el amor, don Rodrigo, me ha salvado; no se puede amar y ser impura, no: imposible, mentira; el amor, hijo de Dios, es tambien hijo de la virtud, y muchas veces la virtud misma, al sentir el amor, me he sentido trasformada; he mirado á mi pasado, y le he arrojado lejos de mí con desprecio; Mari Galana amó, y la mató el amor; lo que de ella ha quedado, es otra mujer; mi alma ha examinado en medio de su dolor lo que su cuerpo habia sido, y mi alma ha visto que durante ocho años ha estado durmiendo, sufriendo un sueño horrible, equivocándole con la vida; no, don Rodrigo, no; la impureza de mi vida no ha empañado mi alma; si á mí, pobre mujer, sujeta á la miseria de una vida siempre dolorosa, me hubieran puesto por delante todas las riquezas del mundo, yo no hubiera cometido el robo; si á mí me hubieran dicho: asesina á

ese hombre que duerme y tendreis todo lo que habeis menester y no vivireis siempre ansiosa viendo al fin de vuestra belleza el hospital ó el hospicio, yo no hubiera matado aquel hombre; si á mí me dijera el rey: juzgad á ese traidor, yo le juzgaría; y si el procesado no era traidor, le absolvería, aún sabiendo que el rey podia exterminarme, y que me habia de exterminar.

—Basta, basta, dijo don Rodrigo; esta no es cuestion que pueda ser tratada por tí conmigo; estos asuntos son demasiado graves, para que se permita á una mujer ocuparse de ellos.

—Pues ved lo que haceis, don Rodrigo, porque si sentenciáis injustamente al rey don Sebastian, no podré amaros; y si muere de mala muerte, yo moriré del remordimiento de haberle entregado.

—Ese hombre es sin duda un impostor, dijo don Rodrigo; un hechicero que se vale de malas artes, y nos asombra, nos seduce.

—Si es un impostor, si es un hechicero, ahorcadle y hareis bien; pero si no lo es, padre, si no lo es, salvadle, sed el brazo de Dios sobre la tierra; no tiñais vuestra conciencia con la sangre de un mártir; mirad que Dios es el rey de los reyes, y que podeis ofender á Dios por vuestro honor, por vuestra conciencia y... por el corazon, por el amor de vuestra hija.

Y María se dejó caer, tierna, sonriente, seductora, en los brazos de don Rodrigo de Santillana.

—¡Oh, hija mia, hija mia! dijo don Rodrigo con los ojos llenos de lágrimas ¡qué hermosa, qué noble; y que grande eres!

—Mirad, padre, dijo María fijando en los ojos del alcalde una mirada embriagadora; id á la cárcel donde teneis á ese hombre, y encerráos con él y que nadie os oiga; preguntadle, observadle, inquirir con prudencia y buena voluntad lo que ese hombre es, y si descubris que es el rey don Sebastian, soltadle; y no eso solo; acompañadle, protejed su salida de España; y si vos, haciendo esto salvais á un rey desventurado, Dios os premiará, os amaré vuestra hija, y tendreis el agradecimiento de un rey, que os deberá la vida.

—Ya no es posible, María; ya, aunque yo quisiera, seria imposible salvar á Gabriel de Espinosa; nos perderiamos inútilmente con él.

—No importa, id; yo confio con vuestro corazon; yo sé que por nada del mundo cometeréis una injusticia.

—Cumpliré con mi deber.

—Lo creo, señor, lo creo, espero.

—Pero aún no has aceptado mi nombre; aún no has aceptado mi herencia.

—Las acepto, señor, para sentirme orgullosa si obráis como debeis en esta terrible situacion, ó para ser vuestro castigo si no obráis con justicia.

El alcalde se estremeció de nuevo, sintiendo hasta en sus huesos el frio de la muerte.

—Pero id, id al momento; no perdais un solo instante para el bien; mirad que Dios os ve, y que es vuestro juez, al mismo tiempo que vos sois juez de Gabriel de Espinosa.

El alcalde se separó en silencio de los brazos de María, se ciñó su espada, tomó su vara y su bonete, se

puso su capa de tercianela, volvió junto á María, la estrechó estremecido de amor entre sus brazos, la besó en la frente y dijo:

—Libre quedas en mi casa; mi casa es tuya; aquí desde este momento no hay más señora que tú. Adios.

Y salió.

—¡Oh, Señor, Señor! exclamó María arrojándose apenas salió don Rodrigo, á los piés de un crucifijo que habia en un reclinatorio en la cámara del alcalde; acepta como un cruento sacrificio mi vergonzoso, mi tristísimo recuerdo de mi vida pasada; acepta el voto de castidad, de penitencia, de expiación, que solemnemente te hago, y salva por él á mi padre del crimen de injusticia; si ese hombre es el rey don Sebastian, vuélvele á su trono, por el dolor de tu santa Madre, y por tu martirio en la cruz.

CAPITULO XX.

De cómo el alcalde don Rodrigo de Santillana acabó de sentir por Gabriel de Espinosa el miedo que por él tuvo hasta el fin de sus dias.

Atravesaba don Rodrigo de Santillana, rápido, rígido, tropezando con todo el mundo, sin ver á nadie, con la mirada vuelta á su pensamiento en direccion á la cárcel, las calles de Valladolid, llevando tras sí á Tribaldos, que corria y sudaba, para que su alcalde no le dejase atrás.

Llegó al fin á la cárcel y dijo al alcaide:

—Llevadme al encierro de Gabriel Espinosa.

—¿Qué diablos habrá hecho ese hombre, dijo para sí el alcaide, que tan demudado y tan osco viene á verle el alcalde Santillana? ¡Dios tenga piedad de él!

Y el alcaide, que segun aparecia de compasivo, debia hacer poco tiempo que era alcaide de cárcel, apenas oyó la órden de don Rodrigo, partió delante de él, y por escaleras y por pasadizos lóbregos, llegó á la maciza puerta forrada de hierro de un calabozo subterráneo.